

El espejo de las ideas La isla y el continente

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

Para Víctor Cabral, mi amigo dominicano

En mayo del 2003 en la República Dominicana un grupo de hombres desesperados, heridos de miseria, alcanzó en secreto un escondite en un barco extranjero con la esperanza de escapar de su isla en pos de algo de oxígeno. El barco zarpó. Ya en altamar y en aguas internacionales, uno de los fugitivos enfermó y sus compañeros salieron a cubierta, apelando a la compasión de los tripulantes. El capitán, indignado por la transgresión, decidió arrojarlos al mar.¹

A pesar de que la magnitud de esta tragedia no rebasa la de cientos de indocumentados mexicanos que mueren anualmente abandonados en el desierto en busca del sueño americano, la noticia dominicana me conmovió aun más hondamente. Quizá por su inverosimilitud y su dramatismo. O tal vez, por ser hijo de un continente.

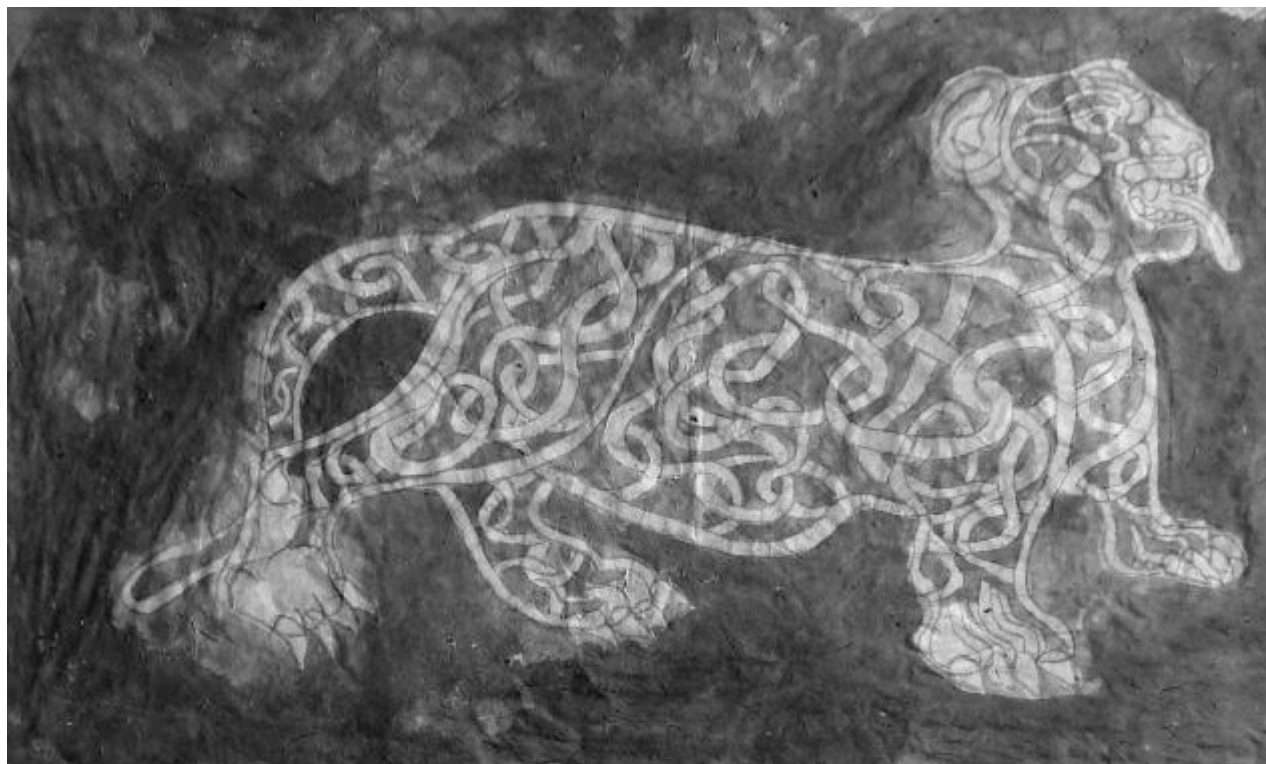
¹ Esta noticia, desgraciadamente es sólo un botón de muestra de uno de los retos sociológicos más grandes de nuestro tiempo: la migración.

Nuestra geografía, su paisaje, moldea sutil pero necesariamente nuestra percepción del mundo y nuestra identidad. No es fácil para un continental como yo entender la manera como una isla educa la mentalidad de sus habitantes. Mucho menos, aceptar la manera como el continente cincela la nuestra propia.

Para las culturas insulares, la atracción del horizonte y la reflexión sobre los límites son una obsesión necesaria, una constante. Su frontera inmediata es el misterio. En sus peores pesadillas mueren ahogados. No les angustia perderse, sino asfixiarse en el encierro. El mar simboliza para ellos al mismo tiempo un terror y una atracción irresistible, que llega, como hemos visto, a ser fatal.

No es casual que los espacios más emblemáticos de la reclusión hayan sido islas: desde Patmos hasta Santa Elena, pasando por Montecristo, la Isla del Diablo, Alcatraz y las Islas Marías.

En la mentalidad continental la heroicidad está asociada a la edificación de puntos de referencia. Nuestros



próceres son quienes nos han permitido no extraviarnos: son pensadores, escultores, literatos y políticos, constructores tanto de identidad e instituciones como de murallas —físicas, militares, legales— que resguardan a la comunidad de la otredad y la barbarie.

Para los insulares, los héroes son fundamentalmente navegantes, cartógrafos, expedicionarios. En Palma de Mallorca existe un monumento imposible en un continente “dedicado a los comerciantes y navegantes que permitieron nuestra prosperidad”. Navegar —nos cuesta entenderlo—, lejos de ser para ellos una excentricidad, llega a convertirse en una necesidad existencial.

Aquí viene bien precisar que lo esencial del paradigma insular no es propiamente la superación de las fronteras, sino la necesidad de tenerlas invariablemente presentes. Es tan insular el navegante como el joven taxista mallorquín que me confesó su felicidad. Tanto el pescador como el cartógrafo que, fiel a su isla, dedica una vida entera a dibujar su mapa. Todos ellos, sin embargo, llevan el alma marcada por el confinamiento, todos son impensables sin la noción de frontera.

Mientras los objetos de culto de los isleños están siempre referidos a los límites: puertos, muelles, embarcaciones, mapas, naves, faros, en los continentes se veneran más bien los logros del urbanismo, todo lo que nos permite encontrarnos: las plazas y sus monumentos, los templos y sus santos, los bulevares. ¿Quién sueña con un puerto en París?

Si en el continente las brújulas y los mapas son instrumentos de ubicación, en las islas lo son más bien de ensoñación. Si para los continentales un viaje aéreo significa eficiencia, para los insulares quiere decir esperanza. Mucho antes, los isleños obtienen su alimento fundamentalmente del mar, mientras los continentales comemos de la tierra.

No es casual que Inglaterra se distinga radicalmente en su manera de hacer la guerra y la filosofía del resto de Europa. El filósofo continental re-

flexiona, con mayores o menores niveles de abstracción, sobre los asuntos de la cotidianidad: el amor y el desamor, el trabajo y sus retos, la vida y sus problemas. Resuelto el continente, se aboca al contenido. Es un labrador sin problemas de linderos, incluso un latifundista del pensamiento. La obsesión filosófica inglesa es pensar los límites del lenguaje y, junto con ellos, los del filosofar mismo. Estas dos formas de hacer filosofía, la analítica y la continental, son jerga común del ambiente filosófico contemporáneo. Mientras el continental cultiva en la tierra sus ideas, el pensador insular se alimenta necesariamente de la mar. El uno recolecta, el otro pesca. El uno siembra y cosecha, el otro, necesariamente, explora.

Si la cultura continental y la insular se colisionaron brutalmente en Waterloo, si se enfrentan cotidianamente en las facultades de filosofía del mundo entero, ¡habrá que ver la manera dramática como se enfrentan cotidianamente en Tijuana y en Ciudad Juárez, dramáticas fronteras!²

No sobra decir que podemos encontrar culturas insulares en plena plataforma continental. Chile —delimitado al norte por el desierto, al sur por la Antártica, al poniente por el océano Pacífico y al levante por la cordillera de los Andes, la que los resguarda de los argentinos— es un buen ejemplo en este sentido.

Barcelona, ancestralmente amurallada —insular— se descubrió al paso de los siglos asfixiada por sus propios límites. Lo que antes la resguardaba se fue convirtiendo gradualmente en un confinamiento de insalubridad y de miseria. No fue sino hasta 1854 que se autorizó, contra la opinión de los ingenieros militares, derribar sus murallas. En 1860 la genialidad urbanística de Ildefonso Cerdá propuso

² Aunque en principio continentales, los Estados Unidos, por razones idiomáticas, funcionaron en la práctica —curiosa paradoja— como un enorme laboratorio del pensamiento político inglés.

trazar nuevas avenidas ya no articuladas “hacia adentro”, en torno al casco antiguo, sino orientadas a proyectar la vida de la ciudad, a oxigenarla y a combatir la segregación. Este momento crucial en su historia urbanística —que no es otro sino el paso de la isla al continente— resultó ser crítico en el cumplimiento de la misión cosmopolita de una ciudad que hoy se respira orgullosa de su sentido del gusto, de su falsa sobriedad y de su vocación.

En la filosofía, existen espíritus insulares como el del primer Wittgenstein quien, aunque nacido en Austria, encontró en Cambridge, en la nacionalidad británica y en la tutoría de Bertrand Russell la geografía ideal para desarrollar su *Tractatus Logico-Philosophicus*, obra cumbre sobre los límites. También, hay almas continentales, como la de Ortega y Gasset, apasionado de la cotidianidad, la vida y la razón histórica. Entre los teólogos es posible también distinguir a los de estirpe insular, dedicados a reflexionar sobre la existencia de Dios, y los de raza continental quienes, como los místicos, prefieren celebrarla. Otro tanto pudiera decirse de sociólogos, psicólogos y poetas.

En realidad, solemos hablar de algo —de cualquier cosa— ya sea de manera trascendente: reflexionando sobre la magnitud y la forma de sus linderos (insularmente) o bien dándolos por un hecho: es decir, en forma inmanente o continental. Interesa sin embargo darnos cuenta de nuestro estilo discursivo y perceptual no sólo para aplicarlo conscientemente, sino para complementarlo con el que nos es antinatural.

Cuando un espíritu coincide con su paisaje vive una vida relativamente afortunada, en ningún sentido problemática. Pablo Milanés canta: “Amo esta isla, soy del caribe, jamás podré pisar tierra firme, porque me inhibe”.

Quienes duelen son los desterrados. El dramatismo de los hombres y mujeres insulares extraviados y ex-

puestos al impudor continental. La tragedia de los espíritus continentales confinados a las islas. Ambos, por su desubicación, conmueven. Ambos viven el drama de saberse extranjeros en su tierra.

Un espíritu insular en un continente reclama límites y referentes para no perderse. Necesita linderos y logra normalmente procurárselos. Una mentalidad continental se sabe atrapada en una isla, ya sea ésta ideológica, anímica o geográfica. A mayor confinamiento y menor libertad, mayor sufrimiento. Cuando a los límites naturales se suman los políticos (los del pensamiento unívoco y totalitario) dicha confinación se vuelve asfixiante, incluso mortal: tal es quizá la desventura cubana.

¿Qué es el cautiverio sino la desesperación de una sociedad que intenta imponer fronteras a la desmesura? ¿Qué, sino la imposición de límites al espíritu, continental, de sus mejores y sus peores hombres? ¿Qué, sino el infierno del aislamiento?

En el espacio penitenciario, que compartieron Mandela, Hannibal Lecter, Gandhi, Cervantes, Václav Havel, Jesús de Nazaret y Chucho el Roto, parece no haber más remedio que tocar, a través del silencio, la interioridad del espíritu para salvarse de la locura. Allí, donde el tiempo y la cabeza se desquician, Jacques Fesch, el santo francés, conoció la dosis de amargura y aislamiento que le permitieron encontrarse con la luz. Allí, como hemos dicho, conviven las mejores y las peores expresiones de lo humano.

La liberación de un hombre (o de un momento) continental de la reclusión paradigmática es tan significativa como la contención en una metodología de un espíritu desmesurado.

Y es que más allá de nuestra nacionalidad espiritual, insular o continental; más allá incluso de sabernos existencialmente ubicados o expatriados (ya sea expuestos, ya sea reclusos), vivir intensamente, como filosofar, requiere tanto del espíritu insular como del continental. Mientras el primero marca los límites del ejercicio mental, el segundo explora, trabaja y ejercita contenidos.

Tan lamentable es el filósofo analítico, que elucubrando sobre las fronteras del lenguaje se pierde de la vida, como el acrítico que, en la carencia de fronteras metodológicas, asfixia sus propias intuiciones.

Los más grandes pensadores, como las mejores personas, alternaron en su historia la preocupación por las fronteras con momentos en que, ya delimitadas éstas, se permitieron pensar lo cotidiano. Es el caso de Kant y de Tomás de Aquino, como lo es el de Gandhi, Eckhart, Viktor Frankl, Thomas Merton, Mounier, Paz y muchos otros. De ellos aprendimos que el contraste entre límites y contenidos, entre la vocación exploradora y la labriega, es misión irrenunciable del pensamiento, como lo es de la historia misma y de cada personalidad individual. ~

He aquí tres niños pobremente vestidos que miran a la cámara con asombro. Fueron retratados en una calle polvosa y arruinada, donde jugaban la mayor parte del tiempo después de terminar sus labores en el campo. De izquierda a derecha se llaman Manuel, Juan y Jesús. El menor tiene siete años; el mediano, nueve; y el mayor, once. Éste último, Juan, lleva un sombrero de fieltro en la mano derecha.

Los tres niños son sonorenses y la fotografía fue tomada en la ciudad de Álamos, en 1900. El padre de los niños, Salvador Celis, era por ese entonces campesino mediero. Había emigrado de Mascota, Jalisco, a Sonora, en busca de trabajo en las minas. Se acomodó en una, sí, pero al poco tiempo empezó a peregrinar por varios pueblos y ciudades en persecución de un trabajo menos duro y que no condenara a sus hijos a descender a las entrañas de la tierra a cambio de la misma pobreza en la que vivían. La madre de los niños, Dorotea Campos, había nacido en Álamos, y fue a refugiarse con su madre debido a la crisis económica que atravesaba. Estos tres niños fueron sus hijos mayores. Le sobrevivieron a la pobreza sólo nueve de dieciséis.

Cuando la fotografía fue tomada, ninguno de los tres niños sabía que diez años después, luego de que su padre escuchó en un mitin a los maderistas, se irían a la Revolución en las filas de Benjamín Hill, Eugenio Martínez y Álvaro Obregón.

Salvador Celis llegó a su casa muy entusiasmado con las palabras de Madero: ¡Por fin alguien proponía algo concreto para acabar con la dictadura de don Porfirio! Sus hijos escucharon atentamente el relato del padre: pocos meses después ya no amanecieron en su casa y, como si fuera poco, le robaron a su papá el caballo, el rifle y el machete para irse con las tropas revolucionarias.

Eran unos muchachitos osados y valientes; tan valientes que en las batallas y las